

JOSE ORTEGA Y GASSET (1883-1983)

Asistimos (1983) al primer centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, a partir de su primer número (1974), viene ocupándose del pensamiento iberoamericano, que desde los comienzos figuraba como campo especializado de su interés editorial. La obra de Ortega y Gasset no ha tenido hasta ahora puesto significativo en sus páginas. La circunstancia de este centenario parece buena oportunidad para recordar esa obra. La primera parte del presente volumen recoge, en consecuencia, varias colaboraciones que se hacen eco de la figura de nuestro filósofo. No serán tantas y tales como hubiéramos deseado, pero sí las suficientes como para dejar constancia de la fecha, que sería injusto pasase ante nosotros desapercibida.

Existen razones adicionales para recordar a Ortega en nuestra publicación. Vamos a indicar algunas de ellas.

La *primera* resulta de que también él dirigió buena parte de sus «apasionadas» cuanto lúcidas meditaciones a ahondar en nuestro pasado cultural y a discernir los valores de las creaciones y los nombres más significativos de ese pasado. Lo hizo desde una filosofía que entiende como «ciencia general del amor» (*Obras*, Madrid, I, 1966, p. 316); y para identificar en las gestas hispánicas las corrientes de espíritu consonantes con los «motivos clásicos de la humana preocupación» (I, p. 312).

Su obra enriqueció nuestra sensibilidad para entender mejor el *Quijote* y *Las Meninas*, los nombres de Vives o de Goya, la arquitectura de El Escorial o el paisaje de Castilla. Supo hacerlo abierto a las corrientes universales del espíritu y a la par desde el amor a la circunstancia española más inmediata. Explicando al «lector» los motivos de sus *Meditaciones del Quijote*: «Todos [sus ensayos], directa o indirectamente, acaban por referirse a las circunstancias españolas»; ensayos de «salvación» inspirados en el convencimiento de que «hay dentro de cada cosa la indicación de una posible plenitud». Mas esa plenitud sólo se descubre y entrega a quien se acerca a su estudio con «amor intelectual», actitud en la que se nos recuerda el *amor intellectualis* de Spinoza (pp. 311-12).

Esto lo escribe en 1914, al pasar la línea de su treinta años, edad que para él significa la de entrada en posesión de las propias ideas, dejando atrás los años en los que predomina la disposición receptiva de las ajenas. En el «Prólogo» (1916) que antepone a varios de sus escritos juveniles (*Personas, obras, cosas*) insiste de nuevo: «Mi juventud